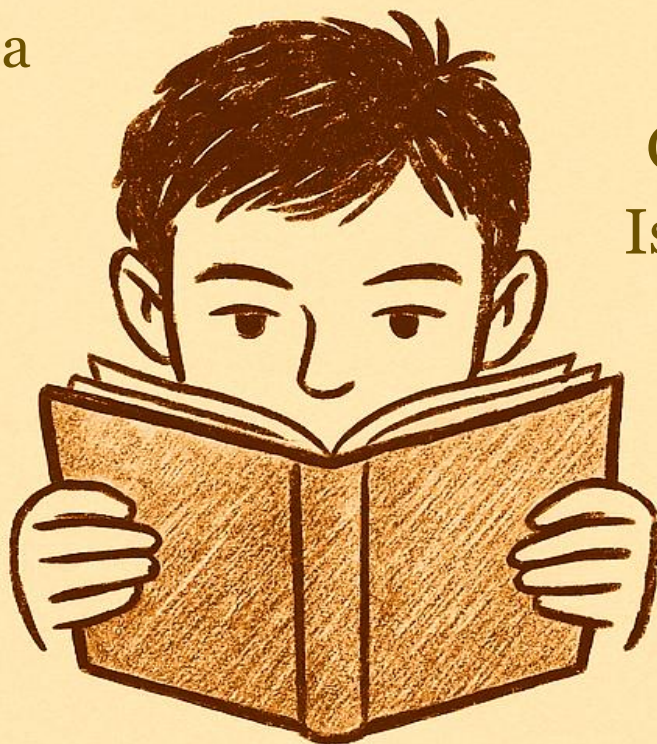


Dedicatoria

Guillermo
Isaza Fiscó



A quienes leen este
manifiesto disfrazado de
cuento, mi más profundo
agradecimiento.

Leer es también un acto
de resistencia:
el que se atreve a pensar,
ya ha dado un paso
hacia la libertad.



El Tirano de la Miel y la Emisora Populista

El Valle de los Panales de Miel

En un valle fértil, entre dos mares lejanos, selvas y valles que parecían no tener fin, rodeado de montañas que se alzaban como colmenas gigantes, vivía un pueblo laborioso y otro resignado y soñoliento.

Los primeros salían cada mañana antes de que cantaran los gallos, con las manos curtidas y la frente brillando de sudor, cultivaban la tierra, e inventaban herramientas con lo que tuvieran a mano, probando fórmulas nuevas para transformar lo poco en mucho, como si la esperanza fuera un músculo que se ejercita con cada golpe de azada.

Los segundos, en cambio, se sentaban a esperar:

maestros del bostezo, expertos en mirar las nubes y en perfeccionar la ciencia de no mover un dedo, convencidos de que el sol debía calentarles gratis, la lluvia debía sembrar por ellos, y algún vecino —o mejor, algún gobernante aparentemente generoso— tenía la sagrada obligación de proporcionarles miel, pan y sombra, con la promesa de que vivirían sabroso sin trabajar... aunque la mesa estuviese siempre vacía.

El valle estaba gobernado por un hombre de apariencia solemne al que llamaban El Señor de los Panales de Miel, aunque sus noches eran menos solemnes:

se le veía brindar con copas que nunca se vaciaban y aspirar humos espesos que lo mantenían en un trance perpetuo. Su palabra temblaba entre la ebriedad y la neblina, pero aun así era obedecida como si viniera de lo alto de la montaña.

La emisora de radio más escuchada era su aliada, especialmente adorada por los maestros del bostezo, expertos en mirar las nubes y en perfeccionar la ciencia de no mover un dedo.

Vivían hipnotizados por aquella Voz, que se filtraba en cada casa como un perfume invisible, embriagando los sentidos y adormeciendo la voluntad.

El Administrador Elegido de los Panales de Miel

El Gobernante se presentaba como protector de todos, envuelto en un aire solemne que apenas lograba ocultar el dulzor pegajoso de la miel que le chorreaba por las comisuras.

—Aquí nadie será más que otro —declaraba con gesto grave, inflando el pecho como si estuviera dictando un mandamiento eterno—. Yo repartiré la miel de las colmenas, para que todos tengan igual dulzura.

Y mientras lo decía, los zánganos que lo rodeaban asentían con cara de sabios, saboreando de antemano el banquete secreto. El pueblo, hipnotizado por su retórica, lo aplaudía creyendo que aquel discurso era un acto de generosidad y no la receta exacta para endulzar con una cucharadita de miel las bocas hambrientas... mientras él se quedaba con la mayoría de los panales de miel.

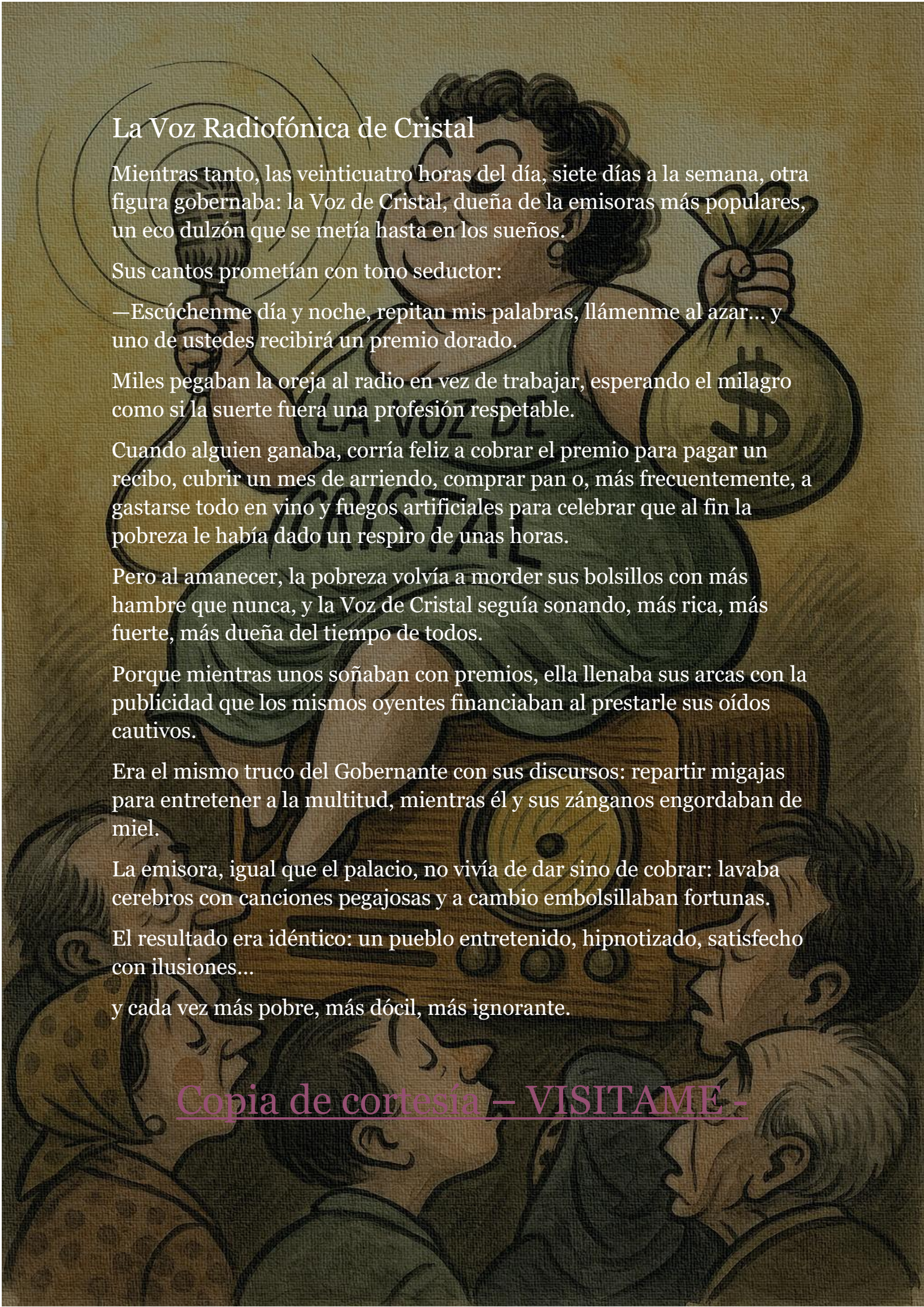
Y así lo hacía: recogía la miel del trabajo duro de los apicultores y luego devolvía apenas unas gotas a la multitud.

El resto, lo guardaba en tinajas secretas bajo su palacio de barro, para después repartírselo descaradamente entre los antes hambrientos funcionarios que él mismo había nombrado para administrar el valle, convertidos de la noche a la mañana en catadores oficiales de miel ajena.

Con voz de trueno repetía: —El rico es peligroso, porque su trabajo lo hace distinto. Castiguémoslo, arranquemos sus frutos, despojémoslo de sus colmenas, y así todos viviremos parejos. No habrá quien se destaque, no habrá quien incomode con su ejemplo y esfuerzo.

El pueblo, confundido, aplaudía, aunque el estómago gruñera vacío. Celebraban la promesa de una igualdad tan perfecta que hasta el hambre sería la misma para todos.

Y mientras las manos curtidas de unos seguían labrando la tierra, las otras, suaves y ociosas, se gastaban en palmadas entusiastas, creyendo que el eco de sus vítores llenaría sus mesas mejor que el pan.



La Voz Radiofónica de Cristal

Mientras tanto, las veinticuatro horas del día, siete días a la semana, otra figura gobernaba: la Voz de Cristal, dueña de la emisoras más populares, un eco dulzón que se metía hasta en los sueños.

Sus cantos prometían con tono seductor:

—Escúchenme día y noche, repitan mis palabras, llámenme al azar... y uno de ustedes recibirá un premio dorado.

Miles pegaban la oreja al radio en vez de trabajar, esperando el milagro como si la suerte fuera una profesión respetable.

Cuando alguien ganaba, corría feliz a cobrar el premio para pagar un recibo, cubrir un mes de arriendo, comprar pan o, más frecuentemente, a gastarse todo en vino y fuegos artificiales para celebrar que al fin la pobreza le había dado un respiro de unas horas.

Pero al amanecer, la pobreza volvía a morder sus bolsillos con más hambre que nunca, y la Voz de Cristal seguía sonando, más rica, más fuerte, más dueña del tiempo de todos.

Porque mientras unos soñaban con premios, ella llenaba sus arcas con la publicidad que los mismos oyentes financiaban al prestarle sus oídos cautivos.

Era el mismo truco del Gobernante con sus discursos: repartir migajas para entretener a la multitud, mientras él y sus zánganos engordaban de miel.

La emisora, igual que el palacio, no vivía de dar sino de cobrar: lavaba cerebros con canciones pegajosas y a cambio embolsillaban fortunas.

El resultado era idéntico: un pueblo entretenido, hipnotizado, satisfecho con ilusiones...

y cada vez más pobre, más dócil, más ignorante.

Copia de cortesía – VISITAME

El Pueblo dividido

Los días pasaban y el valle se partía en dos:

Los que esperaban sentados, convencidos de que el Gobernante o la Emisora resolverían sus problemas, como si la salvación pudiera llegar envuelta en discursos populistas o rifas radiales.

Y los que seguían trabajando, cultivando la tierra, levantando talleres, inventando herramientas, buscando nuevas formas de vivir mejor.

Los primeros empezaron a enojarse con los segundos.

—¡Si ustedes prosperan, nos dejan atrás! —gritaban—. ¡Paren, no trabajen tanto y compartan lo suyo, que todos tenemos derecho a la misma miel!

El Gobernante alimentaba ese resentimiento con discursos de igualdad repetidos hasta el cansancio:

hablaba de justicia, de equidad y de un banquete común donde nadie tendría más que otro... aunque el banquete nunca llegara.

La Voz de Cristal amplificaba todo adornando esa pobre mentalidad con comentaristas vulgares y escandalosos, con letras de mal gusto, canciones y vallenatos pegajosos, fáciles de tararear, que sonaban en cada esquina:

melodías dulces que repetían siempre lo mismo, una y otra vez, como si fueran conjuros para dormir al pueblo.

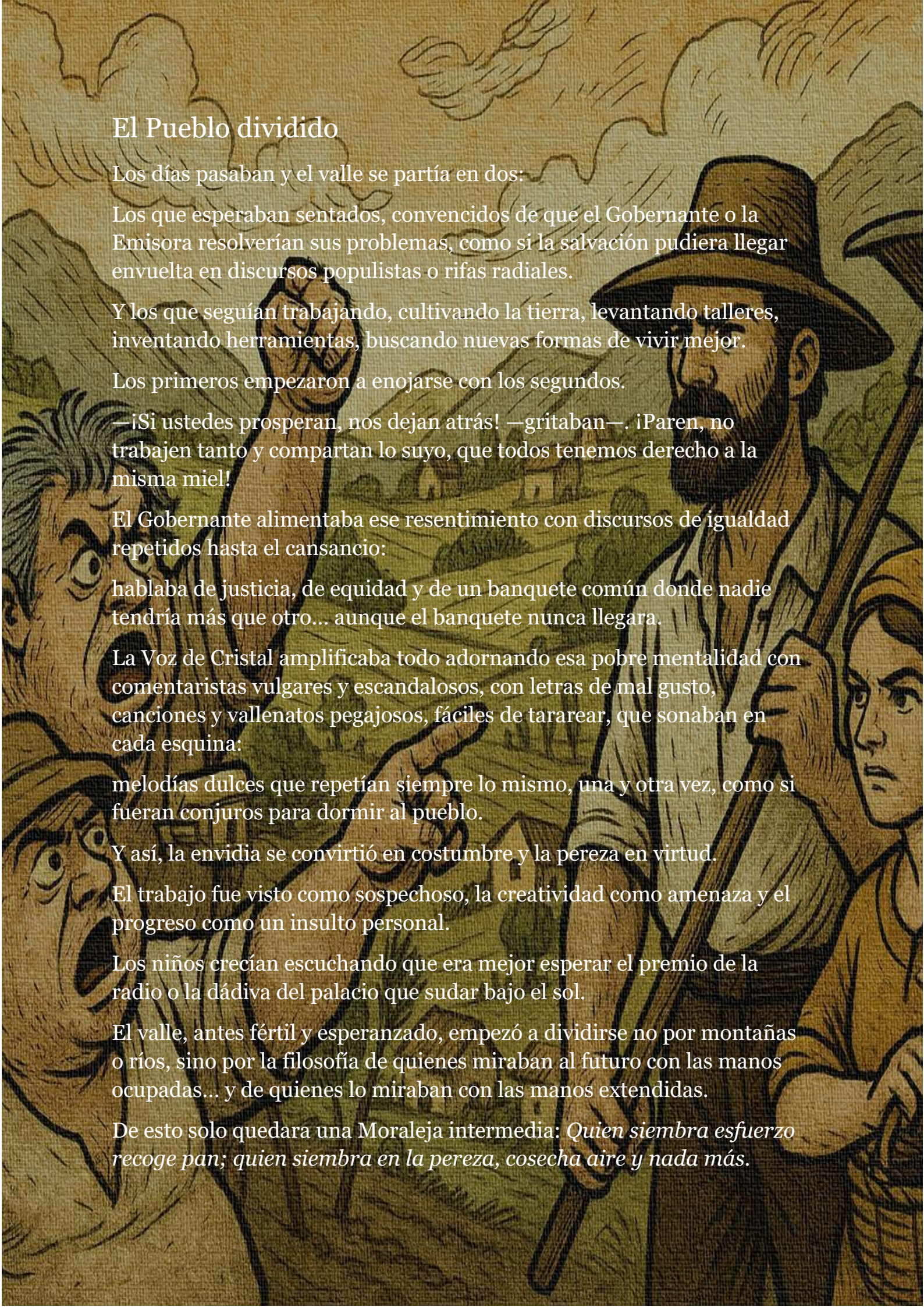
Y así, la envidia se convirtió en costumbre y la pereza en virtud.

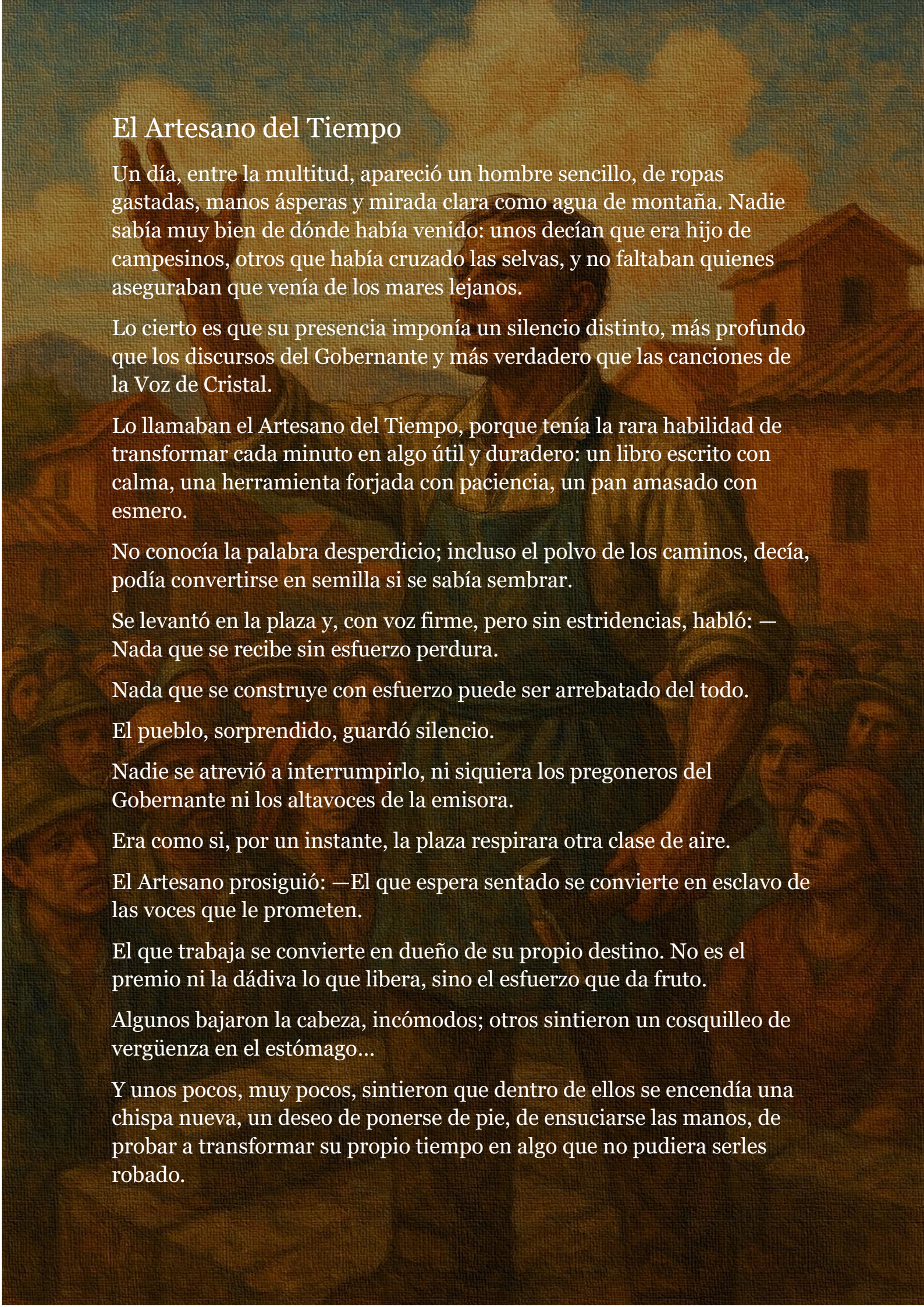
El trabajo fue visto como sospechoso, la creatividad como amenaza y el progreso como un insulto personal.

Los niños crecían escuchando que era mejor esperar el premio de la radio o la dádiva del palacio que sudar bajo el sol.

El valle, antes fértil y esperanzado, empezó a dividirse no por montañas o ríos, sino por la filosofía de quienes miraban al futuro con las manos ocupadas... y de quienes lo miraban con las manos extendidas.

De esto solo quedara una Moraleja intermedia: *Quien siembra esfuerzo recoge pan; quien siembra en la pereza, cosecha aire y nada más.*



The background of the text is a painting. It depicts a man with dark hair and a beard, wearing a blue shirt, standing in a town square and addressing a crowd of people. The crowd consists of men, women, and children, all looking towards the speaker. In the background, there are buildings with red-tiled roofs and a cloudy sky. The overall style is that of a classical or romantic-era painting.

El Artesano del Tiempo

Un día, entre la multitud, apareció un hombre sencillo, de ropas gastadas, manos ásperas y mirada clara como agua de montaña. Nadie sabía muy bien de dónde había venido: unos decían que era hijo de campesinos, otros que había cruzado las selvas, y no faltaban quienes aseguraban que venía de los mares lejanos.

Lo cierto es que su presencia imponía un silencio distinto, más profundo que los discursos del Gobernante y más verdadero que las canciones de la Voz de Cristal.

Lo llamaban el Artesano del Tiempo, porque tenía la rara habilidad de transformar cada minuto en algo útil y duradero: un libro escrito con calma, una herramienta forjada con paciencia, un pan amasado con esmero.

No conocía la palabra desperdicio; incluso el polvo de los caminos, decía, podía convertirse en semilla si se sabía sembrar.

Se levantó en la plaza y, con voz firme, pero sin estridencias, habló: — Nada que se recibe sin esfuerzo perdura.

Nada que se construye con esfuerzo puede ser arrebatado del todo.

El pueblo, sorprendido, guardó silencio.

Nadie se atrevió a interrumpirlo, ni siquiera los pregoneros del Gobernante ni los altavoces de la emisora.

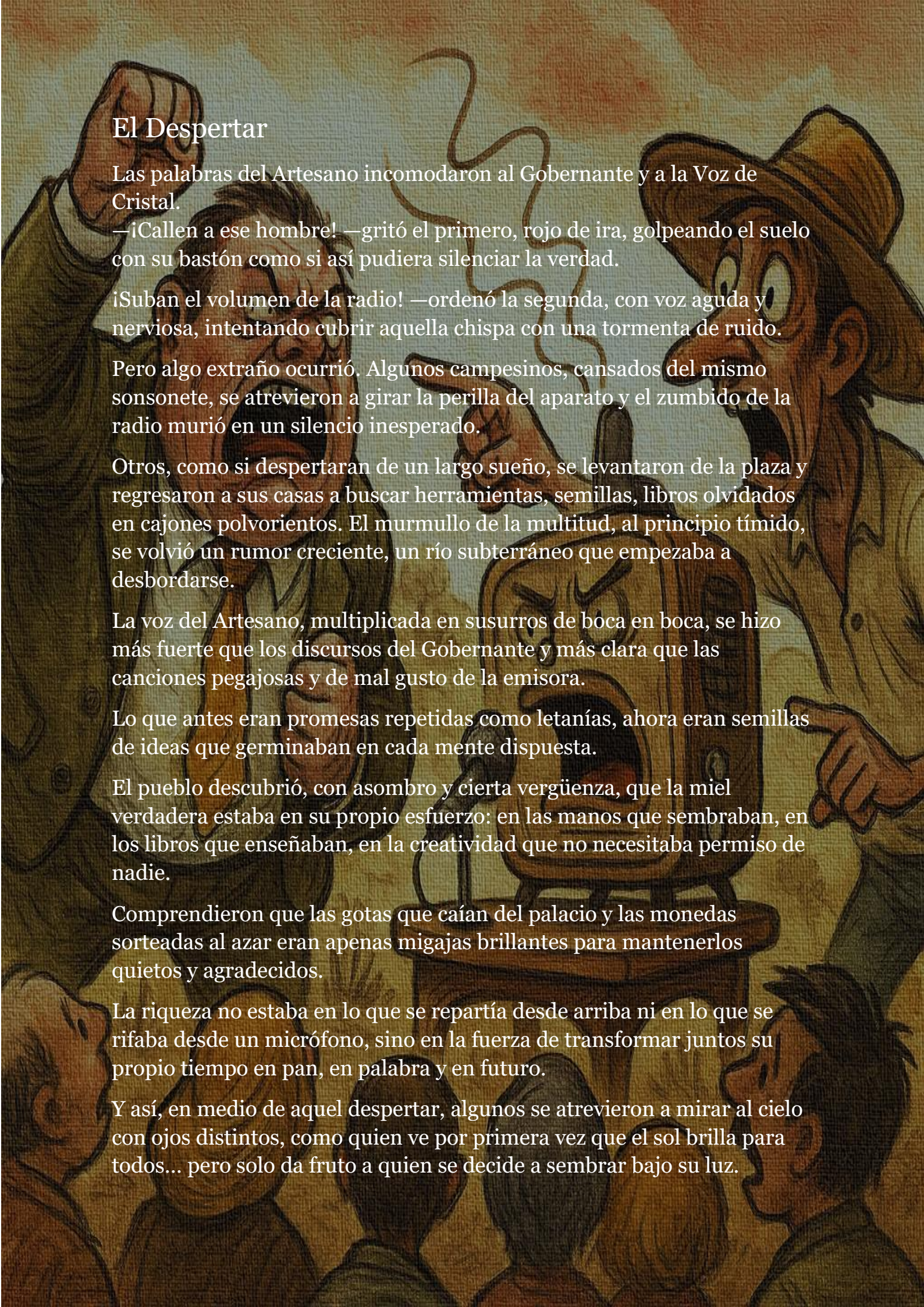
Era como si, por un instante, la plaza respirara otra clase de aire.

El Artesano prosiguió: —El que espera sentado se convierte en esclavo de las voces que le prometen.

El que trabaja se convierte en dueño de su propio destino. No es el premio ni la dádiva lo que libera, sino el esfuerzo que da fruto.

Algunos bajaron la cabeza, incómodos; otros sintieron un cosquilleo de vergüenza en el estómago...

Y unos pocos, muy pocos, sintieron que dentro de ellos se encendía una chispa nueva, un deseo de ponerse de pie, de ensuciarse las manos, de probar a transformar su propio tiempo en algo que no pudiera serles robado.



El Despertar

Las palabras del Artesano incomodaron al Gobernante y a la Voz de Cristal.

—¡Callen a ese hombre! —gritó el primero, rojo de ira, golpeando el suelo con su bastón como si así pudiera silenciar la verdad.

¡Suban el volumen de la radio! —ordenó la segunda, con voz aguda y nerviosa, intentando cubrir aquella chispa con una tormenta de ruido.

Pero algo extraño ocurrió. Algunos campesinos, cansados del mismo sonsonete, se atrevieron a girar la perilla del aparato y el zumbido de la radio murió en un silencio inesperado.

Otros, como si despertaran de un largo sueño, se levantaron de la plaza y regresaron a sus casas a buscar herramientas, semillas, libros olvidados en cajones polvorientos. El murmullo de la multitud, al principio tímido, se volvió un rumor creciente, un río subterráneo que empezaba a desbordarse.

La voz del Artesano, multiplicada en susurros de boca en boca, se hizo más fuerte que los discursos del Gobernante y más clara que las canciones pegajosas y de mal gusto de la emisora.

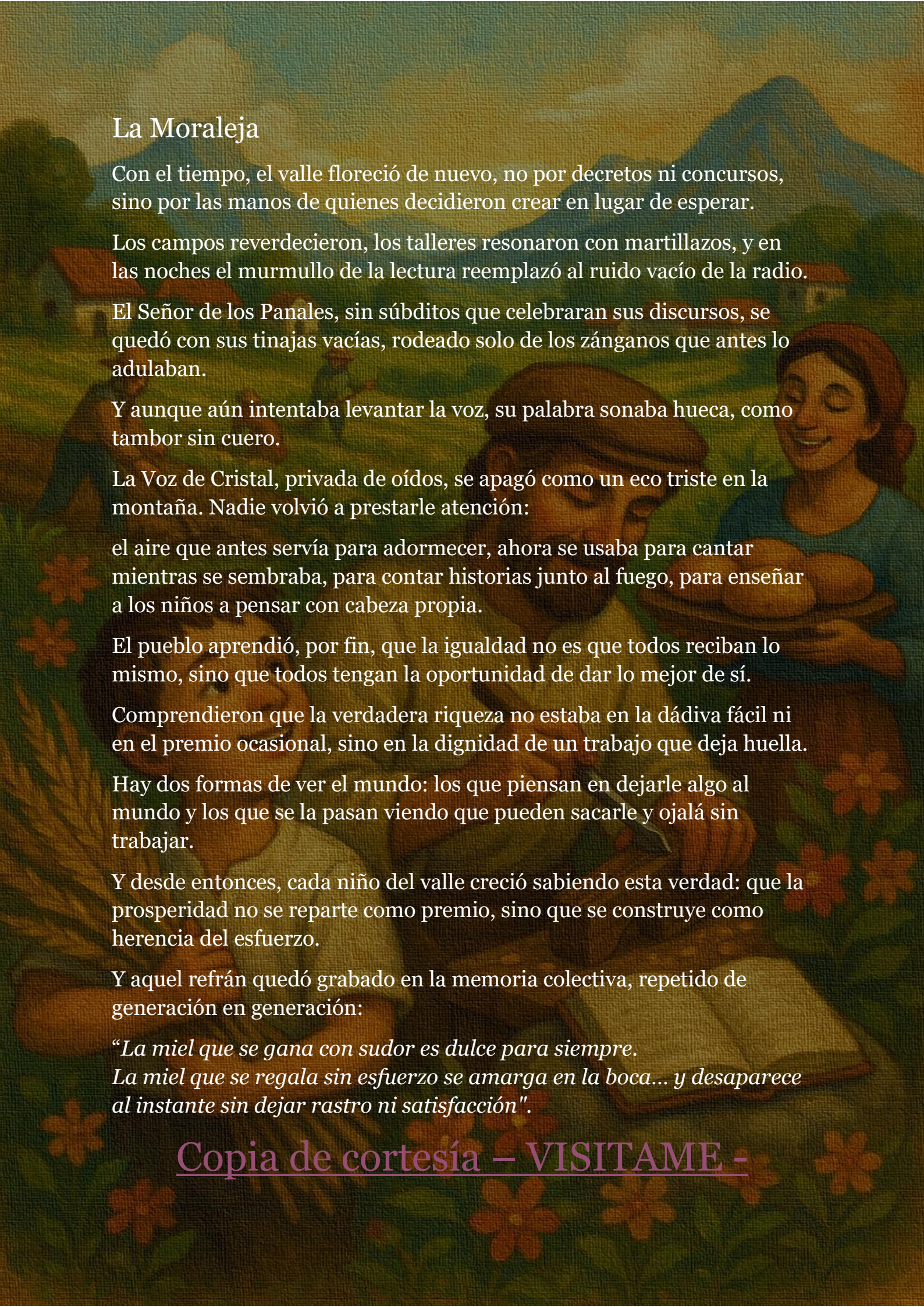
Lo que antes eran promesas repetidas como letanías, ahora eran semillas de ideas que germinaban en cada mente dispuesta.

El pueblo descubrió, con asombro y cierta vergüenza, que la miel verdadera estaba en su propio esfuerzo: en las manos que sembraban, en los libros que enseñaban, en la creatividad que no necesitaba permiso de nadie.

Comprendieron que las gotas que caían del palacio y las monedas sorteadas al azar eran apenas migajas brillantes para mantenerlos quietos y agradecidos.

La riqueza no estaba en lo que se repartía desde arriba ni en lo que se rifaba desde un micrófono, sino en la fuerza de transformar juntos su propio tiempo en pan, en palabra y en futuro.

Y así, en medio de aquel despertar, algunos se atrevieron a mirar al cielo con ojos distintos, como quien ve por primera vez que el sol brilla para todos... pero solo da fruto a quien se decide a sembrar bajo su luz.



La Moraleja

Con el tiempo, el valle floreció de nuevo, no por decretos ni concursos, sino por las manos de quienes decidieron crear en lugar de esperar.

Los campos reverdecieron, los talleres resonaron con martillazos, y en las noches el murmullo de la lectura reemplazó al ruido vacío de la radio.

El Señor de los Panales, sin súbditos que celebraran sus discursos, se quedó con sus tinajas vacías, rodeado solo de los zánganos que antes lo adulaban.

Y aunque aún intentaba levantar la voz, su palabra sonaba hueca, como tambor sin cuero.

La Voz de Cristal, privada de oídos, se apagó como un eco triste en la montaña. Nadie volvió a prestarle atención:

el aire que antes servía para adormecer, ahora se usaba para cantar mientras se sembraba, para contar historias junto al fuego, para enseñar a los niños a pensar con cabeza propia.

El pueblo aprendió, por fin, que la igualdad no es que todos reciban lo mismo, sino que todos tengan la oportunidad de dar lo mejor de sí.

Comprendieron que la verdadera riqueza no estaba en la dádiva fácil ni en el premio ocasional, sino en la dignidad de un trabajo que deja huella.

Hay dos formas de ver el mundo: los que piensan en dejarle algo al mundo y los que se la pasan viendo que pueden sacarle y ojalá sin trabajar.

Y desde entonces, cada niño del valle creció sabiendo esta verdad: que la prosperidad no se reparte como premio, sino que se construye como herencia del esfuerzo.

Y aquel refrán quedó grabado en la memoria colectiva, repetido de generación en generación:

“La miel que se gana con sudor es dulce para siempre.

La miel que se regala sin esfuerzo se amarga en la boca... y desaparece al instante sin dejar rastro ni satisfacción”.

Copia de cortesía – VISITAME -



Invitación final

Si este fragmento te habló al oído, hay más miel esperándote.

En mi página y en Amazon encontrarás otros capítulos de cortesía y la posibilidad de adquirir los libros completos.

Cada lectura, recomendación o compra es una abeja más en el panal: ayuda a que estas historias sigan naciendo y volando hacia nuevos lectores.

[Copia de cortesía – VISITAME -](#)

